

Historia de la lectio divina.

2. Los Padres del Desierto

Antonio Izquierdo

Profesor de Nuevo Testamento en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

DESDE LOS INICIOS DEL CRISTIANISMO, la Palabra de Dios oral o escrita ha desempeñado un papel esencial en la vida de los fieles cristianos. La Palabra divina es el pan que alimenta el pensamiento, la brújula que orienta y dirige el comportamiento, la palanca que mueve las voluntades, el fuego que arde en el corazón de los cristianos.

Hemos tratado ya de la prehistoria de la lectio divina (LD), refiriéndonos al puesto de la Palabra de Dios sea en el judaísmo, sea en la vida de Jesucristo y de los Apóstoles, sea finalmente en las comunidades cristianas en los dos primeros siglos. Continuando con la presentación histórica de la LD, es nuestro propósito exponer la relación existente entre la Palabra de Dios, la lectura orante de la Escritura, y los Padres del Desierto. Dividiremos nuestra exposición en los siguientes apartados: La radicalidad de los Padres del Desierto; ¿ausencia de la Escritura en los Padres del Desierto?; los Padres del Desierto y la Sagrada Escritura; hermenéutica bíblica en los Padres del Desierto; beneficios de la Palabra de Dios en la vida de los Padres del Desierto.

El radicalismo de los Padres del Desierto

¿Quiénes son esos hombres que, a mediados del siglo III d. C., dejan familia, bienes, lugares habitados, y se internan más y más en lugares desérticos y solitarios? ¿Qué les movió a tomar una decisión tan dura y radical? ¿Qué voz escucharon en el corazón que les llamaba al Desierto de Egipto primeramente, y, con el pasar del tiempo, también al de Siria y de Palestina?

Los primeros Padres del Desierto eran cristianos comunes, pertenecientes a diversas clases sociales, poseedores de diferentes niveles culturales y económicos, que en un determinado momento de su vida se sintieron lla-

mados con una fuerza extraordinaria a vivir el Evangelio en plenitud¹. Antonio era un rico propietario, Arsenio había ocupado los más altos cargos de la corte imperial, Moisés se convirtió siendo jefe de una banda de forajidos, Zacarías llegó siendo todavía un niño...ellos y millares como ellos dejaron tras de sí sus familias, sus bienes, sus sueños terrenos, sus ambiciones humanas, sus propias vidas. Dos les parecía que eran las formas para llevar a cabo con radicalidad el Evangelio: el martirio y la renuncia al mundo con el fin de vivir sólo para Dios. Al menos en Egipto, donde comenzó la vida eremítica, la forma más accesible para lograr vivir el Evangelio *tout court* era el retirarse a la soledad y a la oración en algún lugar apartado de la vida social y urbana², buscando a toda costa salvarse y reducir al mínimo el peligro de perderse, poniendo entre ellos y las seducciones del mundo una barrera infranqueable³.

El apartarse del mundo era el primer paso de la radicalidad con la que los Padres del Desierto se lanzaron tras el seguimiento de Cristo y de sus enseñanzas. Otro paso era la extraordinaria austeridad de vida con que vivían, una vez instalados en algún lugar deshabitado en el desierto de Nitria, en la Tebaida, o en el desierto de Judea. Austeridad en el comer y en el vestir, en el hablar y en el dormir, en el lacerarse las carnes, en poseer lo mínimo necesario y lo demás distribuirlo a los pobres, en el duro trabajo manual, etcétera. Habrá también que mencionar los frecuentes y prolongados ayunos, la lucha encarnizada contra el Maligno y sus seducciones, el combate espiritual para alcanzar la “pureza de corazón”, resumen del hombre moral y espiritualmente realizado. Animando y dando vida a estos aspectos duros de la vida en el Desierto, la lectura orante de la Biblia y el canto de los salmos cada día, y los domingos la reunión para la celebración de la Eucaristía y el ágape fraterno.

¹ La fórmula evangélica que sintetiza la llamada al desierto son las palabras de Jesús al joven rico: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme” (Mt 19, 21). Otras frases inspiradoras de la marcha al Desierto se hallan en Mt 10, 37-39 y paralelos. Los cristianos marchaban gozosos al Desierto, como lo hacían también al martirio; el vivir en el desierto equivalía a un martirio incruento.

² Pudo haber además otras motivaciones secundarias como el ejemplo del profeta Elías y de san Juan Bautista, la insatisfacción de un cristianismo acomodado, el ponerse al abrigo de las posibles persecuciones contra los cristianos después de la terrible persecución de Decio (249-251 d.C.), en la que no pocos cristianos renegaron de su fe.

³ Cfr *Apotegmas de los Padres del Desierto*, Sígueme, Salamanca 1986, *Introducción*, pp. 11-12.

Como ilustración de las afirmaciones precedentes, tomemos algún que otro ejemplo de entre los apotegmas de los Padres del Desierto. Cuando alguien preguntó a san Antonio qué debía hacer para agradar a Dios, le respondió: “Haz lo que te mando: Allí donde vayas, ten siempre a Dios ante los ojos; cualquier cosa que hagas o digas, bázate en el testimonio de las Santas Escrituras; a cualquier lugar que vayas, permanece en él por un buen tiempo. Observa estos tres preceptos, y te salvarás”. Otro de sus dichos reza así: “Quien reside en el Desierto para custodiar la paz con Dios está libre de tres guerras: la del oír, la del hablar y la del ver. Le queda una sola: la del corazón”. De gran fuerza expresiva es la siguiente sentencia: “Obediencia y continencia amansan a las bestias”. De san Antonio se cuenta una anécdota que resume muy bien el espíritu del Desierto: “Un día Antonio recibió una carta del emperador Constantino, que le invitaba a ir a Constantinopla. Se puso a reflexionar sobre qué hacer. Preguntó a Pablo, su discípulo: ‘¿He de ir?’. Le respondió: si vas, te llamas Antonio; y si no vas, Padre Antonio”⁴.

La vida de Arsenio puede ilustrarnos sobre varios aspectos: la necesidad del retiro para salvarse: “Arsenio, viviendo aún en el palacio, ruega a Dios en estos términos: ‘Señor, condúceme por el camino de la salvación’. Y una voz vino a decirle: ‘Arsenio, huye de los hombres y te salvarás’”. Del mismo Arsenio se cuenta que “así como nadie en el palacio llevaba vestidos más bellos que él cuando allí vivía, ahora en la reunión dominical nadie los llevaba más vulgares”. Sobre el dormir: “Daniel decía que Arsenio pasaba toda la noche sin dormir y, cuando al amanecer la naturaleza le constreñía a hacerlo, él decía al sueño: ‘Ven aquí, esclavo perverso’. Entonces, sentado, dormía un poco y se despertaba al instante”. Sobre la oración: “Se decía de él que la noche del sábado, cuando el domingo se aprestaba para la salida del sol, volvía la espalda a éste y tendía sus manos hacia el cielo rezando hasta que nuevamente el sol iluminaba su rostro. Entonces se sentaba”⁵.

Acudamos también a algunos dichos de otros Padres sobre temas siempre pertinentes a la vida espiritual y a la salvación eterna. La palabra de Moisés sobre la vida retirada es luminosa: “Un hermano llegó a Escete para ver a Moisés y le pidió una palabra. El Anciano le dijo: ‘Ve, siéntate en la celda y tu celda te enseñará todas las cosas’”⁶. De Evagrio Póntico se recuerda esta frase: “Piensa sin cesar en cuándo saldrás de este mundo y no olvidar el juicio eterno. Así no habrá pecado en tu alma”. He aquí dos dichos del Padre Poemen. El primero, muy breve, dice: “La señal para reco-

⁴ *Vita e detti dei Padri del Deserto*, Città Nuova, Roma 1996, detti nn. 3, 11, 31 e 36.

⁵ *Ibidem*, p. 45.

⁶ *Apotegmas...* p. 122

nocer a un verdadero monje aparece en las tentaciones”; y en el segundo se muestra verdadero maestro espiritual: “Vigilar, estar sobre sí mismo, y el discernimiento, estas tres virtudes son guías del alma”⁷.

Para terminar, propongo algunos dichos de las Madres del Desierto. De Madre Teodora se recuerda esta sentencia: “La Madre Teodora dijo: *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha* (Mt 7,13). Sucede como con los árboles: si no pasan a través de los inviernos y las lluvias, no pueden dar frutos. Para nosotros, el invierno es el mundo presente. Solamente a través de muchos sufrimientos y tentaciones podemos llegar a ser herederos del Reino de los cielos”. He aquí, finalmente, dos dichos de Madre Sinclética: “Como es imposible ser al mismo tiempo hierba y semilla, así es imposible que, gozando de gloria mundana, demos frutos celestes” y “Como es imposible construir una nave sin clavos, así es imposible que el hombre se salve sin humildad”⁸.

¿Ausencia de la Escritura en los Padres del Desierto?

Parece ésta una pregunta algo extraña, pues es sabido que los Padres del Desierto fueron movidos a una vida retirada por el mismo Evangelio y por los ejemplos de Elías y Juan el Bautista. Leyendo, sin embargo, los apotegmas resulta claro que las citas bíblicas son más bien escasas. Por otra parte, se da un alto nivel de analfabetismo entre los monjes, al menos en los primeros decenios, junto con la resistencia en muchos de ellos a la posesión y lectura de los libros sagrados para vivir radicalmente la pobreza⁹. Se deja entrever igualmente una cierta reticencia en no pocos Padres del Desierto a hablar de las Escrituras, que en modo alguno es indiferencia sino grandísima veneración. No ha faltado quien afirmara, con cierta precipitación, que los monjes, fuera de la proclamación de la Palabra en las *synaxeis* semanales o en las reuniones, no tuvieron contacto alguno con las Escrituras¹⁰. Si tomamos el libro de los apotegmas, no son muchas las referencias a la Escritura. Por ejemplo, de los 44 apotegmas de Padre Arsenio, sólo en tres (2, 32, 42) se cita la Escritura, y en cuatro (25, 28, 33, 40) se hace alusión a ella; o, por añadir otro caso, de los 29 de Teodoro de Ferme,

⁷ *Vida y dichos*. . . Evagrio 4; Poemen 13 y 35.

⁸ *Ibidem*, Teodora 2; Madre Sinclética 22 y 27.

⁹ Un apotegma de Hilarión decía: “Para cumplir el evangelio, que manda venderlo todo y dárselo a los pobres, he vendido mi evangelio” (HILARI RAGUER, *Lectio divina*, 24).

¹⁰ Cf DOUGLAS BURTON-CHRISTIE, *I Padri del Deserto*, en: “La lectio divina nella vita religiosa”, Qiqajon, Comunità di Bose, 51.

en ninguno se cita directamente la Escritura y sólo en cinco (8, 23, 25, 28 y 29) se hace una referencia. No obstante todo, la Escritura no dejó de ser el centro de su espiritualidad. Escribe J.-C. Guy: “El uso asiduo de la Biblia parece ser una doctrina común en todos los centros monásticos del Bajo Egipto”¹¹.

No son pocos los apotegmas que se refieren a la autoridad de la Escritura y a su importancia para la vida de los eremitas. Padre Antonio, a algunos hermanos que habían venido a él para escuchar una “Palabra” que les ayudase a encontrar el camino de la salvación, respondió: “¿Habéis escuchado la Escritura? Eso es lo que necesitáis”¹². Antonio no precisa si lo que les recomienda es leer u oír la Escritura. Lo importante es que, en el futuro, los interlocutores *escuchen* atentamente las palabras de la Escritura. Había, sin embargo, otras palabras dotadas de valor entre los Padres del Desierto: las palabras de los Padres dichas a quien busca una respuesta de salvación. Estas palabras eran recibidas como si gozasen de la misma autoridad que las de la Escritura. La razón es que las palabras de los Padres eran consideradas partícipes de la autoridad de la Palabra de Dios y una continuación de la misma Escritura¹³. Entre la población numerosa del Desierto, las palabras sean de la Escritura que de los Padres, eran fundamentales para la búsqueda de la salvación.

Pudiera ser que los monjes no tuvieran libro alguno de la Escritura, no por desprecio sino por pobreza¹⁴, pero habían aprendido de memoria no pocos versículos de los salmos, muchas frases del Evangelio, relatos de las grandes figuras bíblicas, incluso libros enteros del Antiguo y del Nuevo Testamento¹⁵, y todo ello era el alimento que nutría día tras día sus horas de trabajo y noche tras noche sus horas de oración. En tales textos hallaban poder de curación interior, de estímulo, de ayuda en la lucha contra los

¹¹ J.-C. GUY, DS IV, 161.

¹² ATANASIO, *Vita di Antonio.. Apotegmi. Lettere*, Roma 1984, 192.

¹³ San Atanasio pone en boca de Antonio esta sentencia: “La Sagrada Escritura es suficiente para la enseñanza, pero es hermoso que nosotros nos exhortemos en la fe y nos animemos unos a otros con las palabras”.

¹⁴ Se cuenta de un hermano que poseía sólo un libro del evangelio. Inspirado por el mismo evangelio, lo vendió y dio el dinero a los pobres diciendo: “He vendido esa palabra que me habla y me dice: ‘Vende lo que tienes y dalo a los pobres’” (*Apophthegmes Anonymes*, éd. F. Nau, 392: en adelante Nau)

¹⁵ “Un Anciano visitó a otro. Por la tarde celebraron la Sinaxis y prosiguieron hasta el amanecer olvidándose de comer. ‘Uno de ellos terminó todo el salterio y el otro recitó de memoria los dos grandes profetas’”. Otro declaraba a un Padre: “Padre, he memorizado todo el Antiguo y el Nuevo Testamento” (Nau, 150.385).

demonios y de unificación de sus pensamientos y sentimientos. En el fondo no tenían necesidad de libros bíblicos, aunque los poseyesen, porque la Palabra de Dios la llevaban dentro en la memoria y en el corazón.

Estas reflexiones permiten concluir que no se puede hablar, en sentido estricto, de ausencia de la Escritura en el Desierto. A lo más, de ausencia de libros, y no siempre ni en todos. No les interesa tanto la materialidad de los libros, de la cual bien pueden prescindir, sino la Palabra de vida y salvación que esos libros contienen, y a la que pueden llegar incluso si son analfabetos. Lo que cuenta no es la materia, la letra, sino el espíritu de la Biblia.

Los Padres del Desierto y la Escritura

El lugar clásico para conocer la relación entre la Escritura y los monjes del Desierto es el libro *Apotegmas de los Padres*. En ese conjunto de sentencias y breves relatos edificantes se hallan 485 entre citas y referencias bíblicas, 155 del Antiguo Testamento y 330 del Nuevo. El número refleja bien la preponderancia del Nuevo Testamento en la lectura orante de los eremitas y cenobitas, a la vez que la permanencia y vigencia del Antiguo, que continúa y se prolonga en el Nuevo.

Los monjes del Desierto denotaban una fe grandísima en la Escritura. Fe, ciertamente, en la autoridad de la Escritura inspirada por Dios, y fe en la particular eficacia de la Palabra como canal de la gracia divina. Movidos por esta fe, los anacoretas¹⁶ y los cenobitas¹⁷ meditan la Biblia, la aprenden de memoria, la repiten numerosas veces durante el día, la cantan varias horas durante la noche, y se dejan transformar por ella en su interior y en su vida.

La fe en la trascendencia de la Palabra y en su fuerza sobrenatural se expresa en dos actitudes básicas: el acercamiento humilde y constante a la Palabra para recibir luz y fuerza espirituales de ella, y la muy marcada reticencia a indagar los misterios de la Escritura, a interpretarla e incluso a hablar de ella. La mejor interpretación y la más elocuente era, sin duda, y así lo pensaban ellos, el testimonio de su vida.

¹⁶ El anacoretismo se desarrolló sobre todo en el Bajo Egipto. Se vive en lugares solitarios, en soledad, bajo la guía de un Anciano. Cada uno organiza por su cuenta su vida de oración y trabajo, ayuno y penitencia. Los eremitas solían acudir a algún poblado cercano para la *Synaxis* dominical.

¹⁷ El cenobitismo se originó y expandió en la Tebaida, posteriormente en Palestina. Fue fundado por san Pacomio. Vivían en lugares apartados de las poblaciones, pero en comunidad y bajo una regla, dedicados a la oración y al trabajo.

Sobre el acercamiento a la Palabra, no era infrecuente que un monje se acercase a un Anciano y le dijera: “Dime una Palabra”; a su petición el Anciano respondía con una Palabra tomada de la Biblia o de su experiencia espiritual. Por ejemplo, el Padre Aió solicitó de Padre Macario: “Dime una Palabra”, y el Anciano respondió: “Huye de los hombres, permanece en tu celda llorando tus pecados, y no ames el trato con los hombres. Así te salvarás”¹⁸.

Los eremitas del Desierto disponían de mucho tiempo para recordar y meditar. Mientras trabajaban, primero recordaban alguna Palabra de la Escritura o de un Anciano, que habían aprendido de memoria; luego, la rumiaban en su interior repitiéndola muchas veces en silencio o en voz alta¹⁹; a continuación, la meditaban buscando aplicarla a su vida, finalmente trataban de llevarla a la práctica con decisión y generosidad. Para los monjes del Desierto meditar era moler en el molino del propio corazón uno o dos versículos de la Escritura o una Palabra de un Anciano, y la meditación era considerada una componente indispensable de la vida monástica. La meditación era principalmente un fenómeno oral; se oye o se ve a un monje meditar la Escritura. De Padre Aquiles dice otro monje: “Le he oído meditar esta Palabra: *No temas, Jacob, de bajar a Egipto*”.

La relación de los Padres del Desierto con la Escritura nunca tenía un objetivo puramente teórico o hermenéutico, menos aún podía ser motivo de vanagloria²⁰; se relacionaban con la Escritura como una Palabra del Dios vivo que les habla personalmente a través de ella y en ella les ofrece el alimento cotidiano para su oración, y la vía espiritual y moral de la salvación.

La resistencia de los Ancianos a interpretar la Escritura y a indagar en sus misterios encuentra su razón de ser en la incapacidad que sentían de penetrar en el *Deus absconditus*, en sus designios divinos y en la riqueza inasible e inagotable de su Palabra. Cuando alguien les pedía una Palabra, muchas veces preferían mantenerse en silencio y dejar que Dios hablara. Entre los apotegmas de Antonio se encuentra este relato. “Un día, algunos Ancianos visitaron a Padre Antonio. Entre ellos estaba Padre José. Antonio, para probarles, les propuso una frase de la Escritura, y comenzó, desde el más joven, a preguntarles sobre su interpretación. A la respuesta de cada uno replicaba Antonio: ‘Todavía no has logrado interpretarla’. Por último,

¹⁸ *Vita e detti*. . . Macario, 41

¹⁹ “Meditación, salmodia y trabajo manual: estos son los fundamentos” (Nua 168).

²⁰ Un apotegma interesante es el siguiente: “Podemos conocer toda la Escritura, pero si nos falta la caridad y la humildad, no tenemos lo que Dios busca” (Nua, 222).

preguntó a Padre José: ‘Y tú, ¿qué dices de esta frase?’. Respondió: ‘No sé’. Entonces Antonio añadió: ‘Padre José sí que lo ha logrado, porque ha dicho: No sé’²¹.

Hermenéutica y exégesis en el Desierto

Aunque los monjes denotan poco interés por la exégesis y la interpretación escriturarias, con todo su lectura orante implica necesariamente un modo peculiar de hacer exégesis y de interpretar los textos bíblicos. ¿Cuál es ese estilo propio de explicar e interpretar un personaje, un versículo, una perícopa de la Escritura? Siendo los Ancianos hombres espirituales, *pneumatoforoí*, el uso que hacen de la Escritura se caracteriza por una grande libertad del Espíritu frente a la letra del texto.

De vez en cuando los Ancianos toman una frase o una imagen de la Escritura y la aplican libremente a otro Anciano para expresarle su reconocimiento y admiración. Así el gran Antonio acoge a Hilarión, cuando le vino a visitar, con esta imagen poética tomada de Is 14,12, extrapolándola completamente del contexto: “Bendito, lucero del alba, hijo de la aurora”. E Hilarión le responde: “Paz a ti, columna de luz, que iluminas el mundo”, refiriéndose probablemente a Éx 13,21. Poemen a su vez contaba del Anciano Nisteroo: “Como la serpiente de bronce, que construyó Moisés para curar al pueblo (cf Nm 21, 9), así era el Anciano: poseía toda virtud y en silencio curaba a todos”²².

Con mucha frecuencia un personaje de la Biblia viene a ser *typos* o figura emblemática de una virtud o de una actitud fundamentales para la vida de los monjes. Abrahán es visto como figura de la hospitalidad y Moisés es alabado por su mansedumbre. Juan el persa recoge en síntesis las figuras más frecuentes. Hablando de sí mismo dice: “He sido hospitalario como Abrahán, manso como Moisés, santo como Aarón, paciente como Job, humilde como Daniel, eremita como Juan, contrito como Jeremías, doctor como Pablo, fiel como Pedro, sabio como Salomón”. Y concluye: “Creo como el ladrón que Aquel que en su bondad me ha dado todo esto, me dará también el reino de los cielos”²³.

Hay una particular predilección por la figura del buen ladrón y del publicano de la parábola. Uno de los apotegmas de Sinclética reza así: “Imita

²¹ *Vita e detti*... Antonio, 17.

²² *Vita e detti*... Ilarione 1, e nota 64; Nisteroo el cenobita, 1.

²³ *Ibidem*, Giovanni il Persiano, 4.

al publicano, para no ser condenado como el fariseo”, y Padre Ammón recomendaba repetir incesantemente la oración del publicano: “Ten piedad de mí, pecador”. Xanthia interpreta la figura del ladrón en este apotegma: “El ladrón colgaba de la cruz y fue justificado por una sola palabra. Y Judas, que era uno de los Apóstoles, en una sola noche perdió todo y cayó de los cielos al infierno”. Por su parte, Epifanio de Chipre une ambas figuras en una sola sentencia: “A los pecadores que se arrepienten, el Señor perdona toda deuda, como lo hizo con la pecadora, el ladrón y el publicano”²⁴. En términos todavía más fuertes y con una lograda formulación lo expresa Juan Clímaco: “Una sola palabra del publicano aplacó a Dios y una sola palabra, llena de fe, salvó al ladrón”²⁵.

No falta en unos cuantos apotegmas la interpretación alegórico-espiritual, bajo inspiración de la escuela alejandrina, particularmente de la exégesis origeniana. Los Ancianos parecen tener predilección por alegorizar el tema de Eliseo y la Sunamita (cf 2Re 4, 8-17), la muerte del primogénito de Egipto al paso del ángel exterminador (cf Éx 12, 30), y Egipto como lugar de pecado y de mundanidad. En la exégesis alegórica del Desierto la Sunamita representa al alma, y Eliseo al Espíritu Santo. Padre Cronio dijo a un hermano: “Cuando Eliseo vino a casa de la Sunamita, vio que ella no tenía relaciones con ninguno; por la presencia de Eliseo ella concibió y engendró”. Cuando el hermano le pidió que explicara lo que quería decir, el Anciano añadió: “Cuando el alma está vigilante y recogida en oración, y se desprende de su voluntad, viene a ella el Espíritu de Dios; entonces, la que era estéril puede engendrar”²⁶.

Con el ropaje de la exégesis alegórico-espiritual se revisten algunos temas teológicos y ascéticos de gran calado, como el retorno al Paraíso o nueva creación, la *sequela Christi*, la escatología.

Con el retorno al Paraíso se significa la reconquista del dominio sobre la creación. De un tal Padre Pablo se contaba que cogía con las manos escorpiones y serpientes, y los partía por la mitad. Los hermanos se le postraron delante y le dijeron: “Dinos qué obra has realizado para recibir tal gracia”. “Disculpadme, dijo, si uno adquiere la pureza, todo se le somete como a Adán cuando estaba en el Paraíso, antes de transgredir el mandato divino”²⁷.

²⁴ *Ibidem*, Xanthia, 1; Epifanio il cipro, 15.

²⁵ *Scala Paradisi*, XXVIII, 188.

²⁶ *Vita e detti*, Cronio, 1.

²⁷ *Ibidem*, Paolo, p. 435.

La *sequela Christi* se aplica sobre todo a su anonadamiento al encarnarse y a su sufrimiento en la Pasión. De Isidoro de Escete se cuenta que se maceraba las carnes diciendo: “No tengo excusa: el Hijo de Dios ha venido al mundo por nosotros”. Volviendo en sí Padre Poemen, después de un éxtasis, se relata que dijo: “Mi pensamiento estaba con la santa Madre de Dios, María, que lloraba junto a la cruz del Salvador; yo también hubiera querido llorar así como ella”. A algunos grandes Ancianos, que eran considerados como *alter Christus*, se aplicaban o ponían en sus labios las mismas palabras de Cristo en el Evangelio. Padre Amón, yendo a visitar a Antonio, perdió el camino. Suplicó entonces al Señor que le ayudase. “Y le apareció como una mano de hombre, suspendida del cielo, que le señaló el camino, *hasta que llegó y se detuvo en la cueva de Padre Antonio*”²⁸.

Sobre la escatología, en el prólogo de la *Historia Monachorum* se afirma que los monjes de Egipto no tenían preocupación alguna por el vestido o el alimento, sino sólo por el canto de los salmos y por la espera del retorno del Señor. Y el primer discurso de Antonio sobre la vida monástica, según san Atanasio, está dedicado a comparar la inconsistencia y brevedad de esta vida con la herencia dichosa de los siglos sin fin²⁹. Padre Matoes, por poner un último ejemplo, a un hermano que le pide una Palabra le responde: “Llora y haz luto, porque *se ha acercado el tiempo* (Lc 21,8)”³⁰.

En estrecha relación con la exégesis alegórica se halla la lectura cristológica del Antiguo Testamento. Los libros sagrados son leídos en su unidad, que tiene en Cristo y en el mandamiento del amor su baricentro a la vez que su culminación. Sísos el tebano, al hermano que le pidió una Palabra, respondió: “¿Qué te diré? Leo el Nuevo Testamento y me vuelvo hacia el Antiguo”. Es decir, reconoce en el NT la plenitud de la Revelación, y sólo a su luz y con esta clave lee el Antiguo. Se cuenta también que un Anciano era atormentado por un demonio; éste, metiéndose en su camastro, le recitaba de memoria el libro de los Números. El Anciano se burla de él diciéndole: “Ah, ¿con que sabes recitar de memoria?”; “Sí, dijo el demonio, el Antiguo Testamento”. “¿Y el Nuevo no lo sabes?”, le replicó el Anciano. En cuanto el demonio oyó el Nuevo, desapareció³¹. Con este relato se afirma claramente tanto el cumplimiento de la historia de la salvación en el Nuevo Testamento respecto al Antiguo, como la derrota definitiva del Maligno por obra de Jesucristo.

²⁸ *Vita e detti*, Isidoro de Escete, 5; Ammón, n. 7; Nua 144;

²⁹ *Vita Antonii*, cc. 16-19.

³⁰ *Ibidem*, Matoes, 12.

³¹ *Vita e detti*, Sísos, 35; Nua 632.

Frutos de la lectura orante de la Escritura

La vida de los monjes del Desierto fue una vida de lucha, de combate espiritual. Tenían que luchar contra el demonio, que estaba siempre al acecho para hacer caer a los monjes en sus trampas. Tenían que luchar contra las propias pasiones, especialmente contra los deseos concupiscentes y la pereza y cansancio en medio de la monotonía de la vida del Desierto. Tenían que enfrentarse con los propios recuerdos y pensamientos de la vida pasada, que habían dejado atrás al internarse en el Desierto. Finalmente, no era menor la lucha contra el sentimiento de frustración y derrota en el esfuerzo por progresar espiritualmente o contra los remordimientos provocados por haber herido la caridad con palabras o acciones. La Palabra fue para todos los monjes el arma privilegiada en ese combate continuo³². ¿Cuáles fueron las victorias que esa arma producía?

1 - La Escritura protegía al monje contra las insidias del Maligno. Para responder eficazmente a los asaltos violentos de un demonio, usaban palabras de la Escritura. Macario decía a uno de sus discípulos que el mejor modo de orar en medio de la lucha es simplemente gritar: “¡Señor, ayúdame!”³³, refiriéndose a las palabras de Pedro en el episodio evangélico de la tempestad calmada (Mt 14,30). Los monjes tenían tal convicción de que el Nuevo Testamento había vencido el reino de Satanás que la simple mención de la palabra “Nuevo” era suficiente para hacer desaparecer los demonios. El poder de la Palabra meditada se muestra en el siguiente relato: “Un hermano estaba meditando dentro de la celda. Mientras el hermano meditaba, los demonios no podían entrar, pero cuando terminaba la meditación, entraban en la celda para entablarle combate”³⁴.

2 - La *lectio divina* comportaba también al monje conforto psicológico y pacificación interior, en medio de los desafíos psicológicos propios de una vida solitaria en el Desierto. A un hermano que sufría terriblemente porque no manifestaba a un Anciano sus dudas, tentaciones, pruebas y tribulaciones interiores, Macario le aconsejó: “Aprende de memoria fragmentos del Evangelio y de los demás libros sagrados; si te asalta un pensamiento no mires hacia abajo sino hacia lo alto, y el Señor te ayudará enseguida”. El

³² En esta actitud probablemente han sido guiados por el texto de Heb 4,12 sobre la Palabra de Dios, viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, como también por 1Ts 2, 13: “No cesamos de dar gracias a Dios, porque al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios, que permanece operante en vosotros los creyentes”.

³³ *Vita e detti*, Macario el egipcio, 19.

³⁴ *Nau* 366.

hermano siguió el consejo y quedó enseguida liberado de los asaltos de su demonio³⁵. La meditación, en efecto, no sólo llena la memoria del monje, sino que a la vez crea una nueva reserva de pensamientos, potencialmente curativa.

3 - La Palabra venía a tener también un efecto benéfico sobre toda la persona, incluso sobre la enfermedad física. Teodora cuenta de un hermano que sufría de fiebre y dolor de cabeza siempre que acudía a la *synaxis*. Abatido por esta condición y creyéndose cercano a la muerte, determinó, a pesar de todo, levantarse para recitar la *synaxis* por última vez antes de morir. “Al terminar la liturgia, terminó también la fiebre”³⁶. La recitación y meditación de la Escritura era considerada medio eficaz para restablecer el propio equilibrio sea psicológico que físico.

4 - La unificación de la mente y del corazón. Con el frecuente rumiar de un versículo de la Escritura o de molerlo en el molino del propio corazón, los monjes, además de enriquecerse con el contenido teológico y espiritual de la Biblia, conseguían la simplicidad y unidad de pensamientos y superaban la disipación y distracción del espíritu. Padre Moisés lo dice muy acertadamente: “Si recurrimos constantemente a la meditación de la sagrada Escritura, y elevamos nuestra mente hacia las cosas espirituales... , nuestros pensamientos será seguramente espirituales y harán morar al alma en aquellas mismas cosas sobre las que se ha estado meditando”³⁷.

A modo de conclusión cito una buena síntesis de Douglas Burton-Christie: “La Escritura fue considerada extremadamente importante en el desierto, sea como palabra escrita que como palabra oral. Reviste un papel fundamental en la vida de cada día y fue muy estimada por su autoridad, su poder, y su capacidad de mediar la presencia y la protección divinas. Contribuyó de modo significativo al equilibrio psicológico de los monjes que la meditaban, animando a los que estaban angustiados y creando, en medio de pensamientos y aspiraciones contrastantes, un sentido de serenidad, de unidad y de conciencia de hallarse ante la mirada de Dios”³⁸.

³⁵ *Vita e detti*, Macario el egipcio, 3.

³⁶ *Ibidem*, Teodora, 3.

³⁷ CASSIANO, *Collationes*, 1, 18.

³⁸ *I Padri del Deserto*, in: *Lectio divina nella vita religiosa*, Qiqajon, Comunità di Bose 1994, 86.